

## A JACINTO GUERRERO

JOSÉ MIRANDA CALVO

Numerario

Excmas. Autoridades

Con motivo de la conmemoración del centenario del nacimiento del insigne Maestro Jacinto Guerrero, en aquel feliz 16 de agosto de 1895, y en la sesión académica que a tal efecto llevó a cabo nuestra Corporación, me permití resumir su personalidad sinteti-zándola en la trilogía de sus amores: su madre y los suyos, la música y sus tierras ajofrineras y toledanas.

A ello consagró su vida, sus afanes, su obra, su alma en suma.

Entrelazamiento físico y natural que encontramos desde su nacimiento en su pueblo, Ajofrín, en esas tierras semiserranas sobre las que funden su despedida los canchales y breñas de los Montes de Toledo, como antesala del abrazo final que cierran sobre el balcón de nuestra Ciudad rindiendo pleitesía al Padre Tajo, este río cartero de la historia que se lleva aguas abajo la carga de nuestro pasado depositándola en el Atlántico como símbolo del desdoble de España en su mensaje a las Epañas transoceánicas.

Pueblo de Ajofrín, del que sus hombres rivalizaron en nobleza e identificación con Toledo desde que el Rey Alfonso VI otorgara su señorío al célebre Alcaide de Toledo, Munio Alfonso, y cuyo arrojo y valentía culminaría en el episodio de las Navas de Tolosa al constituir los escuadrones ajofrineros la vanguardia de las tropas cristianas bajo el mando de su capitán Pedro Ruiz de Axofrin.

Posteriormente, su masiva presencia en las cuadrillas de la Santa Hermandad y sus frecuentes intervenciones en los acontecimientos toledanos, especialmente durante los tiempos de los reyes de la dinastía Trastámara, unido a la influencia eclesiástica catedralicia, forjaron un verdadero entrecruce de sentimientos afines a Toledo cuya traducción pétreo aparece patentizada en ese relieve granítico incrustado en la torre de su iglesia representativo de la Descensión de Ntra. Sra. imponiendo la casulla al entonces Arzobispo S. Ildefonso, Patrón de Toledo.

Ese poso histórico se mantiene espiritualmente hoy día vivo y cálido traducido en ese foco de devoción compartida entre la Patrona de Ajofrín, la legendaria Virgen de Gracia y Ntra. Sra. de la Esperanza en su templo toledano de San Cipriano.

¿Quién no se admira observando a las mujeres ajofrineras junto a las bargueñas rivalizando con las toledanas en su acompañamiento profesional a la Virgen de la Esperanza de San Cipriano?

¡Virgen de la Esperanza de San Cipriano!, cuyo barrio marcó la invisible frontera entre árabes y hebreos en tiempos medievales, y a cuya imagen ofrendó doña Petra, la madre del Maestro, sus más preciadas intenciones desde el nacimiento de su primogénito, Jacinto, al que llevó desde muy niño en el cortejo procesional inculcándole similar devoción.

De ahí que, tras su ingreso como seise en el colegio de Infantes, dada la brillantez y calidad de su voz al propio tiempo que venían aflorando sus dotes musicales, no dudara el precoz Jacinto en componer aquella Salve a sus 12 años, que cantó con sus compañeros a cuatro voces bajo la dirección del Maestro Ferré, como homenaje a su madre y ofrenda espiritual a la Virgen de la Esperanza en auténtica entremezcla de amor y de Fé.

Curiosamente, de su estancia en el Colegio de Infantes y de sus actuaciones, ha llegado hasta nosotros un testimonio hasta el presente inédito, puesto que la suerte nos ha deparado, al igual que nos ocurriera con el hallazgo del Himno a Toledo, el conocimiento del Libro de Cantos que los seises realizaban durante la procesión del Corpus Cristhi. Se trata de un libro algo deteriorado, del siglo XVI, encuadernado en piel, con todas sus hojas en puro pergamino llenas de pentagramas, himnos y salmos, todos ellos en latín y maravillosamente transcritos en letra gótica y en tinta roja y negra, realizado a mano, y que en su contraportada así como en la página 16 aparece un grafiti fechado el 15 de agosto de 1733, con las indicaciones de los lugares donde debían iniciarse los diferentes cantos y especificándose las distintas intervenciones: canto llano, la Capilla, las chirimias y finalmente el órgano dentro del templo, aclarando que el tono a emplear sería el de «octavo», variándose los cantos según se llegara bien al lugar de las zapaterías, bien a la Sillería, o a la entrada de la Santa Iglesia Catedral.

En este libro y aquí entendemos resalta la curiosidad, aparecen fragmentariamente y en sucesivas páginas, una serie de nombres de los seises solistas, según la época apareciendo las de Jacinto Guerrero en tres páginas, fechadas en 1907, 1910 y otra sin fecha.

¿Cómo podría sospechar aquel niño, en sus balbuceos musicales y peregrinar toledano, que su nombre y quehacer iban a quedar indisolublemente unidos a su fama y toledanismo plasmado en los compases de sus partituras?

Tras su salida del Colegio de Infantes, por edad y cambio de voz, comienzan a sucederse esa pléyade variopinta de circunstancias, amoríos y actividades, que le acompañaron a lo largo de su juventud por el entresijo de nuestra Ciudad, a la que se había trasladado su familia avecindada al final de la calle del Pozo Amargo.

Violinista en el café existente en la calle de Hombre de Palo, sus salidas con el grupo musical formado para amenizar las fiestas y bailes por los pueblos cercanos, su colaboración en la Catedral para determinadas solemnidades religiosas, sus devaneos amorosos nunca consolidados, la consecución de la beca para estudiar en el Conservatorio de Madrid con las ayudas tanto de la Diputación como del Ayuntamiento toledano, etc., le impregnaron de tan acendrado toledanismo que, al igual que ofrendara de niño a su madre la composición de aquella *Salve*, no dudó, igualmente en plena juventud, en dedicar a Toledo su Himno, y cuya letra inicial compuso el sacerdote don Vicente Mena, cuyas estrofas dicen así:

Sultana graciosa de bellos amores,  
la perla preciada del árabe infiel:  
aún luces radiante tus galas mejores,  
aún brilla tu gloria, cual aureo joyero.

El Tajo te besa con dulce armonía,  
y un himno sublime, cantándote va:  
un himno te dice, ¡Toledo!  
Toledo es lo grande, Toledo es poesía,  
Toledo es el arte que no morirá.

Sus sorprendentes progresos en los estudios en el Conservatorio de Madrid y actuaciones como violinista, junto a la oportunidad que le brindaron para concluir los números que faltaban a la zarzuela «El Camino de Santiago» estrenada el 14 de febrero de 1919, determinaron el comienzo de la estela de sus éxitos en ininterrumpida cadena con una creatividad e inspiración netamente popular.

Su música fue siempre auténtico reflejo de su propio ser: optimismo y alegría a raudales, humanidad suma que no conoció el resentimiento ni la envidia, ni los agravios, ni las rivalidades.

Consciente de sus éxitos y en plena madurez compositiva, acomete la empresa de universalizar las melodías, ambiente y costumbres de su tierra toledana, para que, en el corazón de sus pentagramas y compases, aparezcan, conozcan y se cante la gloria histórica de Ciudad, el hechizo de la mujer toledana, el esfuerzo en el trabajo, la alegría y el alborozo de nuestras gentes.

Fruto de esta idea obsesiva que impone a sus libretistas, surge la trilogía de sus zarzuelas toledanas: «El Huésped del Sevillano», «La Rosa del Azafrán» y «Loza, lozana» en ese abanico geográfico que teniendo a Toledo como centro, abarca desde las llanadas sin horizonte manchegas hasta las tierras semiserranas de La Jara.

¿Quién no ha vibrado ante la belleza y marciales compases de la «Fiel espada triunfadora que ahora brilla entre mis manos».

¿Cómo no reconocer la delicadeza que se desprende del madrigal «Mujer de los negros ojos, la de la trenza morena. Mujer de los labios rojos, como la flor del amor»?

¿Quién no añora la gallardía campesina al entonar la «Canción del Sembrador», al decir «Cuando siembro voy cantando, porque pienso que al sembrar, con el trigo voy sembrando mis amores al azar».

¿Qué añadir al popularismo coro de las espigadoras, repitiendo las estrofas de «Esta mañana muy tempranico, por los carriles de los rastrojos ...». Seguido del «Ay, ay, ay, que trabajos nos manda el Señor...».

Y en el fondo de la comarca de La Jara, donde la alfarería junto al bordado sustituyen hoy día a la bucólica trashumancia pastoril de antaño, reflejada en los ecos de su canción:

Ya vuelven los pastores de Extremadura  
camino de la sierra triste y oscura.  
Ya vuelven de Extremadura.  
Ya suben hacia Castilla.

Así como la que entremezcla las labores artesanas del alfar con los más puros amores, diciendo:

Como el barro del alfar, alma y vida quiero darte  
y en mis manos moldearte, para reina de mi hogar.

Dando rienda suelta a la gracia de sus mujeres:

Las mocitas de la Jara, tienen de sol y de luna  
resplandores en la cara.

Así cantó con sus notas, el Maestro Guerrero a su tierra toledana, sus valores, su historia, sus costumbres, el alma de sus gentes, que en un plano más de poema sinfónico plasmaría en su querido Tríptico toledano describiendo en sus tres tiempos: El azul de la Catedral, las Mozas de Bargas y Zocodover, con su algarabía del mercado, como patente del Toledo de sus tiempos, en contraste abierto con su otro poema «Jhaia», poema sinfónico evocador de la época arábiga en nuestra Ciudad.

En este mismo teatro, escuchó sus últimos aplausos el 9 de septiembre de 1951, tras el homenaje que le brindara la Ciudad, ya que moriría una semana más tarde, el día 18.

Hoy día, al conmemorar su cincuentenario, como homenaje de respeto a su memoria y a su toledanismo, repitamos los versos de «El Huésped del Sevillano»:

Toledo, solar hispano  
crisol de la raza íbera  
¡dichoso aquel que naciera  
español y toledano!.

